

social and political realities is one that is not relevant to Guatemala alone. Be it in Guatemala, Chile, Peru, or Colombia, the armed forces are still effective players in the political arena. And while the armies of these nations do not remain visible for the same reasons, there is one trend which is applicable to all of Latin America. Increasingly, armies are being called upon to support, or serve as a substitute for, police forces. In sum, it is clear that the Guatemalan experience deserves a more comparative approach, since it has much to tell us about the social price that must be paid for integrating state security with war management.

Leonardo Hernández

Boston College

MAXWELL A. CAMERON and PHILIP MAUCERI (eds.): *The Peruvian Labyrinth*. University Park, PA: The Pennsylvania State University Press, 1997.

Tras la publicación en 1975 de *The Peruvian Experiment: Continuity and Change under Military Rule* y en 1983 de *The Peruvian Experiment Reconsidered*, editadas respectivamente por Abraham F. Lowenthal y Cynthia McClintock, *The Peruvian Labyrinth*, que ahora compilan Maxwell A. Cameron y Philip Mauceri, continúa esta importante empresa editorial destinada a analizar desde varios puntos de vista académicos la política, la sociedad y la economía peruana actual. El prefacio, que provocativamente está redactado por los editores de las dos primeras publicaciones arriba señaladas, apunta a un balance comparativo entre los gobiernos del general Juan Velasco Alvarado y del ingeniero Alberto Fujimori, destacando las diferencias entre ambos proyectos autoritarios, aunque la mayor similitud haya sido intentar conformar un modelo de sociedad al margen de los partidos políticos y por encima de las instituciones democráticas. Lowenthal y McClintock concluyen de un modo pesimista que si Velasco fracasó en este intento en 1975, el deseo del fujimorismo de continuar el mismo camino más allá del 2000 puede conducir al Perú a un atolladero político de consecuencias imprevisibles. De ahí que el cambio de título entre los dos primeros libros y este último no sea un mero recurso editorial; el experimento peruano ha desembocado en un peligroso laberinto político e institucional.

En la introducción, los editores de *The Peruvian Labyrinth* anuncian que la intención del libro es dar cuenta de la drástica contradicción política entre el Perú de la década de los ochenta y el de los años noventa, mediante ocho ensayos que, como punto en común, centralizan todo el protagonismo alrededor de la figura de Fujimori en detrimento de Alan García o Fernando

Belaúnde Terry. De hecho, la división del libro en tres apartados trata de reflejar el deterioro de la legalidad promovido por el régimen de Fujimori. Así, la primera parte, dedicada a reseñar los cambios institucionales, se concentra en la dramática desintegración de los partidos y otras instituciones democráticas; la segunda, orientada a los actores sociales, concentra su atención en la desmovilización de las organizaciones sociales surgidas en los años setenta y, por último, la tercera parte, dedicada al tema de la violencia y los derechos humanos, trata de explicar por qué el Perú ha pasado a encabezar la lista de los países acusados de violar cotidianamente las normas mínimas de convivencia democrática.

En su ensayo, dedicado a evaluar la "transición democrática" peruana entre 1978 y 1980, Mauceri observa que los partidos tanto de derecha como de izquierda, por estar escasamente interesados en la remodelación de las prácticas democráticas, impidieron cualquier política de consenso destinada a garantizar la erradicación de las prácticas autoritarias heredadas del pasado. Este déficit político produjo una débil estructura institucional que ha impedido que este país consolidara su democracia. Esta reflexión sirve de preámbulo al artículo de Maxwell A. Cameron, destinado a comprender el apoyo popular al autogolpe promovido por Fujimori el 5 de abril de 1992. Su tesis es que el sistema de partidos basó su fortaleza en los años ochenta en el prestigio de partidos de centro, tipo Acción Popular, el Partido Aprista e incluso la propia Izquierda Unida. Una vez que todos ellos se desacreditaron a principios de los noventa, este vacío fue ocupado por los independientes, hijos en gran medida de la economía informal, y los *outsiders* que capitalizaron en su favor el descontento popular. En cierto sentido, la informalización de la economía produjo los candidatos anti-sistema que vinieron a suplantar a los políticos tradicionales. De ahí que el autogolpe de 1992 fuera el capítulo final de la muerte anunciada de una manera de hacer política, vigente en el Perú desde los años cincuenta. Ni aun ante esta adversidad, la derecha y la izquierda fueron capaces de unirse en un frente político que asumiera la defensa de las instituciones democráticas. Carol Wiese, en su artículo dedicado a evaluar la evolución de la economía peruana, añade a este pasivo el fracaso de todos los modelos económicos aplicados desde 1950, elaborados y aplicados sin consenso alguno con los sectores representativos de la sociedad civil.

La segunda parte del libro, dedicada a estudiar a los actores sociales, se concentra en el protagonismo de tres grupos: la nueva derecha empresarial, los campesinos y los obreros. Sobre estos últimos, Carmen Rosa Balbi recurre a la descripción histórica para intentar hallar las razones por las que el influyente movimiento obrero de los años setenta se desarticuló completamente en los años noventa. La aplicación de la política económica neoliberal

que produjo el cierre de empresas mineras, el acoso de Sendero Luminoso sobre los líderes sindicales, el desprestigio de la izquierda, así como la incapacidad de los mismos obreros para unificar sus intereses en una única organización representativa, son algunas de las causas halladas por Balbi para explicar la crisis de este sector. Por su parte, Christine Hunefeldt se concentra en evaluar la política agraria seguida por los tres gobiernos civiles, cuyo elemento común fue rediseñar la reforma agraria de Velasco Alvarado. Luego de comprobar las respuestas heterogéneas por regiones ante los procesos de privatización de la propiedad cooperativa, Hunefeldt concluye que es notable el protagonismo mantenido por las comunidades campesinas en estas dos últimas décadas. A la capacidad de éstos de actuar autónomamente frente al Estado, se unió su protagonismo en la derrota de Sendero Luminoso, al constituirse las rondas campesinas en la sierra central y Ayacucho. Por último, Francisco Durand ensaya una interpretación comparativa entre la oligarquía desmantelada por el régimen militar de 1968 y los nuevos grupos de poder económicos consolidados en los años ochenta y noventa. Si bien Durand identifica una actitud mucho más moderna y positiva en la nueva elite empresarial, a su entender ésta continúa socialmente aislada por su procedencia blanca y limeña, siendo otro de sus defectos su predilección por opciones políticas conservadoras de escasa convocatoria interclasista, de las cuales el modelo paradigmático fue el FREDEMO de Vargas Llosa. En conjunto, es en esta segunda parte del libro en donde menos se advierte la obsesión por la figura de Fujimori, quizás porque el protagonismo de los obreros, campesinos y la nueva clase empresarial fue mucho más intenso durante los años ochenta.

El tercer apartado de *The Peruvian Labyrinth* aporta dos estudios igualmente trascendentales, el primero a cargo de Carlos Iván Degregori y referido a los límites políticos de Sendero Luminoso, y el segundo escrito por Kenneth Roberts y Mark Peceny sobre la postura de la administración norteamericana respecto a las violaciones de derechos humanos en Perú. Para Degregori, el proyecto fundamentalista de Sendero Luminoso fue exageradamente vinculado al culto a la personalidad de Abimael Guzmán. Ello explica su fuerza mesiánica de los años ochenta, pero también su rápido descalabro después de la captura de Guzmán en septiembre de 1992. El intento de Guzmán de preservar la vida de su organización armada al prestarse al juego del acuerdo de paz promovido por los asesores de Fujimori, con fines electorales, desmoralizó y apartó de la banda terrorista a los pocos seguidores que aún seguían creyendo en la actitud inflexible y consecuente de la "cuarta espada de la revolución mundial". Guzmán echó por la borda un capital simbólico que trabajosamente acumuló durante más de dos décadas, sin que el mismo se proyectara a los nuevos líderes que conducen el minúsculo

Sendero Rojo. Como complemento de esta interpretación, Roberts y Peceny se concentran en los efectos perniciosos de la violencia estatal intensificada sucesivamente bajo los tres gobiernos civiles, con la implicación directa del Ejército y la Marina, y que ha provocado que el Perú sea uno de los países con más cargos acumulados por violación de los derechos humanos. Paradójicamente, ambos autores demuestran que la administración estadounidense y las propias organizaciones de derechos humanos prestaron poco interés a esta situación, tal vez como consecuencia de la saturación de la opinión pública de este país ante la brutalidad con que se aplicó la violencia estatal en El Salvador o Guatemala.

Las reflexiones de Cameron y Mauceri que cierran el libro apuntan a un balance final negativo, al advertir que la transición política iniciada en 1980 no ha desembocado en la consolidación de unas reglas de juego políticas consensuadas e instituciones democráticas transparentes. Por el contrario, en el Perú de Belaúnde Terry, García y Fujimori, el sistema de partidos se ha destruido y las instituciones públicas han intensificado su carácter ineficaz, corrupto e irresponsable. Tal vez, esta mirada final sea demasiado cruel para un país acostumbrado, al mismo tiempo, a sufrir y a gozar de sus adversidades históricas. No obstante, la lectura de *The Peruvian Labyrinth* es altamente recomendable, especialmente para todos aquellos peruanos que piensan al país como un acto cotidiano de introspección personal.

Víctor Peralta Ruiz

Instituto Universitario Ortega y Gasset